

Herta Müller

En la trampa
Tres ensayos

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

I. En la trampa	9
II. Di que tienes quince	39
III. Mi vestido volverá a ti por correo	63
Referencias bibliográficas	97

I. En la trampa

Los he visto: hombres

Sin Dios. A su suerte
y en silencio.
Yo ya no existiré.
Será mucho
si se acuerdan.
Aunque no será literatura¹.

Es un poema de Inge Müller del libro *Wenn ich schon sterben muss* («Si tengo que morir...»). Teniendo este poema, no hace falta que me extienda para explicar lo que busco en los autores y los textos de los que quiero hablar.

Estos textos no ocultan la imposibilidad de separarlos de la vida de sus autores. Reflejan que esta vida es la

¹ Ich hab sie gesehen: Menschen/ Ohne Gott. Ausgeliefert/
Und still./ Sein werd ich nicht mehr./ Es ist viel/ Wenn sie sich
erinnern./ Und keine Literatur.

única condición para su propia existencia, convierten en texto lo vivido en carne propia a través de la intensidad. El texto literario no transcurre paralelo a la realidad histórica que muestra. Es el propio texto el que consigue que, a través del detalle de los sentidos, sea posible imaginar siquiera cuanto sucedió. El texto sitúa la mirada personal, los sentimientos individuales, por encima de la historiografía al uso, en tanto que con ella se impide la identificación con la desgracia individual. El caso individual es aquí ejemplo paradigmático de lo que sucedió miles de veces y en modo alguno se puede prescindir nunca de él. En manos de la historiografía, lo sucedido –en el mejor de los casos– se cuenta; ahora bien, no se ha vivido de hecho.

Por los libros de los que quiero hablar los autores pagaron un precio muy alto (casi siempre demasiado alto). Por eso no son mera *literatura*, entendida en su sentido más habitual de «trabajo con el lenguaje». Son más que eso, porque al mismo tiempo constituyen una prueba de la integridad personal de quienes escriben. Sin necesidad de afirmaciones dogmáticas hacen patente una escala de valores morales que no abandonaron nunca, ni siquiera bajo una terrible presión política o ante la seria amenaza de muerte.

Durante años, los autores de estos textos, a través de sus libros, fueron para mí personas cuya amistad deseé e imaginé cuando, en la Rumanía de Ceaușescu, buscaba algo a lo que aferrarme. Para mí eran ejemplos personales. Deseaba merecer ser amiga suya y, en mi

mente, intentaba estar a su altura. En sus textos hallaba un modelo humano que anhelaba en aquellos momentos cuando, en el espacio entre mi frente y mis pies, no sabía qué iba a ser de mi propia vida y de la de un puñado de amigos cercanos. Esta imagen del ser humano no existía en un entorno que, sin cuestionar nada, se resignaba a lo peor. Solo cuando me refugiaba en estos textos hablaban conmigo personas invisibles y que no estaban allí, solo cuando los recitaba para mis adentros:

Otros que no amaban tanto el país
estuvieron dispuestos a irse desde el principio;
a ellos –algunos se han ido ya– les va mejor,
yo, en cambio, tendría que desprender de la tierra
mis raíces con mi propio cuchillo.

Ni una noche he dormido desde entonces,
y siento algo más fuerte que el dolor;
muchas semanas han pasado desde entonces,
hace mucho que me abandonaron todas mis fuerzas
y siento que me estoy desangrando.

No obstante, tendría que marcharme,
simplemente para seguir siendo lo que fui.
En ningún lugar de los que piso puedo dar fruto;
fuera de aquí no necesitaría gritar, sin duda,
pues mi palabra callada siempre fue verdad.

De ella estaría, como en los viejos días,
seguro; sollozando en contra de mí mismo,
no tendría más que llamarme día y noche,
arrancarme de aquí con raíces y todo
para plantarme en otro país².

Este es un poema de Theodor Kramer. Sobre quién es Theodor Kramer habla Peter von Matt con amarga claridad en la revista suiza *Drehpunkt*:

Hay un poeta que se llama Theodor Kramer. Aquí no lo conoce nadie. Lleva muerto treinta y cinco años. Claro que de los poetas muertos, a diferencia, por ejemplo, de los funcionarios de ventanilla muertos, se puede hablar en presente aun después de su muerte. Sus poemas

² Andre, die das Land so sehr nicht liebten,/ warn von Anfang
an gewillt zu gehn;/ ihnen – manche sind schon fort – ist besser,/
ich doch müsste mit dem eignen Messer/ meine Wurzeln aus der
Erde drehn.// Keine Nacht hab ich seither geschlafen,/ und es ist
mir mehr als weh zu Mut;/ viele Wochen sind seither verstrichen,/
alle Kraft ist längst von mir gewichen/ und ich fühl, dass ich daran
verblut.// Und doch müsst ich mich von hinnen heben,/ sei's
auch nur zu bleiben, was ich war./ Nimmer kann ich, wo ich bin,
gedeihen;/ draussen braucht ich wahrlich nicht zu schreien,/
denn mein leises Wort war immer wahr.// Seiner wär ich wie in
alten Tagen/ sicher; schluchzend wider mich gewandt,/ hätt ich
Tag und Nacht mich nur zu heissen,/ mich samt meinen Wurzeln
auszureissen/ und zu setzen in ein andres Land.

pertenecen a una categoría que la literatura alemana apenas tiene en consideración. Pertenecen al género de la llamada *Chanson*³. No murmuran, no tartamudean, se entienden como si fueran cartas escritas por un viejo amigo. Nunca muestran lo difícil que es escribir versos así y hacer rimas con tanta naturalidad. Dan la sensación de que salen así solos, sin esfuerzo alguno. Theodor Kramer era judío. Y austriaco. Escapó por los pelos de la muerte organizada. Consiguió huir a Londres en el último momento. [...] No podía vivir sin convertir en versos sus días y sus noches, la miseria y las pequeñas alegrías, la depresión y los placeres de la cama. En 1957 regresó a Austria, enfermo, desamparado, como un extraño, con montones y montones de poemas en las maletas. Pocos meses después había muerto.

Kramer escribió más de diez mil poemas a lo largo de treinta y tres años.

La primera herida que volvió a dolerme al leer los poemas de Theodor Kramer fue la de mi padre, que había sido soldado de las SS. Cuando preguntaba a mi

³ En el territorio de habla alemana se entiende por *Chanson* el texto –casi siempre cantado y casi siempre en relación con el cabaret– que reúne características narrativas, crítica social o política y calidad literaria. El género se remonta hasta la Edad Media y está muy relacionado con la *chanson* francesa, pero con estos rasgos en concreto florece especialmente en el periodo de entreguerras. (N. de la T.)

padre por la guerra, jamás me respondía. El tema de la culpa parecía problema mío, no suyo. Así fue hasta su muerte por enfermedad. Yo no podía evitar plantear aquellas preguntas, pero no *a pesar de* que fuera mi padre, sino precisamente *porque* era mi padre. En su opinión, yo habría tenido que aceptarle incondicionalmente como padre, del mismo modo incondicional en que él me había engendrado siendo el soldado de las SS que volvía de la guerra. Para mí, mi padre fue el primer ejemplo de persona que, en un principio por ignorancia y después por pura comodidad e indiferencia –como si de un efecto secundario natural de la vida misma se tratase–, se vuelve tan culpable como los verdugos activos. Le enseñé la «Fuga de la muerte» de Paul Celan. Él me miró encogiéndose de hombros. Analizar la culpa de mi padre, aquella culpa de la que él no quería saber nada, me sirvió para extraer la primera advertencia para mi propia vida: la co-culpa nunca es consecuencia, es simultánea de lo que se hace. Eso lo aprendí de lo sucedido, lo irreversible en la vida de mi padre. Para ello no me hizo falta ninguna ambición especial, tan solo los ojos, que ven dónde están porque no pueden hacer otra cosa. Mirase donde mirase en Rumanía encontraba la necesidad de aprender eso. No es que tuviera todos los motivos para hacerlo, es que no había otra opción: vivía en una dictadura y no quería ser co-culpable de ella. Y eso solo era posible si te lo planteabas desde el principio, antes de incurrir en ningún tipo de culpa.

Los textos de los que quiero hablar representan la última palabra escrita sobre el papel, a toda prisa, como fruto del miedo a la muerte. Cada frase conserva ese miedo y, al leer, da otra vez las mismas vueltas en la cabeza de la que nació.

La verdad es que nadie me ha hecho nada.
Tengo prohibido escribir en los periódicos,
a mi madre le permiten quedarse en su casa.
La verdad es que nadie me ha hecho nada.

El tendero me empieza el jamón y, como un niño,
siempre me da las gracias por pagarle;
de qué voy a vivir es algo incierto.
La verdad es que nadie me ha hecho nada.

Sigo viajando en el tranvía como antes
y recorro las callejas sin problema;
no sé, eso sí, si dejarían que me marchase.
La verdad es que nadie me ha hecho nada.

No se me abre el camino a ningún sitio,
no me puedo marchar por cuenta propia:
no tengo espacio en que vivir, tan solo es eso.
La verdad es que nadie me ha hecho nada⁴.

⁴ Die Wahrheit ist, man hat mir nichts getan./ Ich darf schon lang in keiner Zeitung schreiben,/ die Mutter darf noch in der Wohnung bleiben./ Die Wahrheit ist, man hat mir nichts getan.//